

La función intermediaria de la lengua entre el pensamiento y la materia acústica del lenguaje*

Ivan KANCHEV

Пловдивски Университет / Universidad de Plovdiv

RESUMEN: La idea de Saussure sobre la lengua como «una forma y no una sustancia» es una afirmación evidente, justificada por la lengua misma como saber seguro del sujeto hablante. Se trata de una concepción fundada en el plano aristotélico de la experiencia y no en el platonismo que postula la existencia de formas vacías.

PALABRAS CLAVE: Forma, sustancia, plano de la expresión, plano del contenido, Saussure.

ABSTRACT: Saussure's idea about language as 'a form and not a substance' is an obvious affirmation, justified by language itself how the speaking subject is sure to know it. It deals with a concept founded in the Aristotle plan of experience, and not in the platonic one that postulates the existence of empty forms.

KEYWORDS: Form, substance, level of expression, level of content, Saussure.

Con esta breve ponencia vuelvo a insistir, como ya lo hice en otro lugar¹, en la obviedad de la afirmación que reza «la lengua es una forma y no una sustancia», esbozada por F. de Saussure hace ya (cerca de) un siglo (Saussure 1973: 206)².

Continuando, sin salir del plano aristotélico, que es el de la experiencia (Coseriu 1973: 210-20), seguidamente me propongo demostrar que, en esa parte de su doctrina, el maestro ginebrino no se quedó en la mitad del camino por él mismo abierto; pues cada vez que consulto el *Curso*, me percató de la verdad que encierra su afirmación, anclada íntegramente en el funcionalismo y, por tanto, sin relación alguna con el formalismo.

* Una primera versión de este trabajo fue leída en la *Primera Conferencia Internacional de Lingüística Románica*. Sofía, 7-9 de abril de 2009.

¹ Vid. Kanchev, I.: *Español actual: clases de palabras y categorías*. Sofía, 2004, 37-46.

² Ferdinand de Saussure dio tres cursos de lingüística general en la Universidad de Ginebra, en 1906-07, 1908-09 y 1910-11, pero, en la ciencia del lenguaje, quedó con la publicación póstuma de su *Cours de linguistique générale*. Lausanne / Paris, 1916. Tr. esp. y prólogo de Amado Alonso: *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, S. A., 1945. Aquí las citas se han tomado de la edición cubana, realizada por Ángel Luis Fernández. La Habana: Instituto del Libro Cubano, 1973.

Ahora bien, para captar y comprender el sentido racional de la idea saussureana, hay que situarla en su época, como contrapartida de la ideología positivista y, desde luego, en su contexto.

Así, pues, antes de esbozar su discutida conclusión, Saussure se propone determinar «La lengua como pensamiento organizado en la materia fónica»:

El papel característico de la lengua frente al pensamiento no es el de crear un módulo fónico material para la expresión de las ideas, sino el servir de intermediaria entre el pensamiento y el sonido, en condiciones tales que su unión lleva necesariamente a deslindamientos recíprocos de unidades (Saussure 1973: 191).

En efecto, funcionando como «intermediaria», que es propio de la técnica aprendida —concebida en el sentido del término griego *téchne*, traducido al latín con *ars*, esto es, «cognitio clara distincta inadaequata», según Leibniz, o «saber seguro» (Coseriu 1992: 235) que se manifiesta de forma inmediata en la comunicación lingüística—, la lengua no interviene en la génesis del pensamiento y de la materia fónica, sino que los organiza, lo cual implica que los da como sustancias conocidas, relacionadas en cuanto partes inseparables de la unidad discreta, designada con el nombre de *signo lingüístico*. Es más: creando unidades discretas, la lengua se *constituye* a sí misma. En palabras de Saussure:

No hay, pues, ni materialización de los pensamientos, ni espiritualización de los sonidos, sino que se trata de ese hecho en cierta manera misterioso: que el «pensamiento-sonido» implica divisiones y que la lengua elabora sus unidades al constituirse entre dos masas amorfas (Saussure 1973: 192).

Es obvio, pues, que la lengua —para repetirlo— ni origina ni modifica la esencia de las dos «masas amorfas», sino que las organiza a medida que elabora sus unidades, y *organizar* no es más que instalar por ambos bandos (el *plano del contenido* y el *plano de la expresión*) sustancias ya *re-conocidas*, o sea, ideas y sonidos, dotados de sus respectivas formas sustanciales (Moliner 1981: 1327), para que sea posible su transmisión por el hablante, en vía onomasiológica, lo mismo que su recepción e interpretación por el oyente, en vía semasiológica. Se trata simplemente del proceso mismo de la comunicación lingüística, del que siempre ha habido unanimidad de opiniones, no pocas también acerca del papel intermediario de la lengua. Volvamos nuevamente al *Curso*:

Filósofos y lingüistas han estado siempre de acuerdo en reconocer que, sin la ayuda de los signos, seríamos siempre incapaces de distinguir dos ideas de manera clara y constante [...] Considerado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa donde nada está necesariamente delimitado. No hay ideas preestablecidas, y nada es distinto antes de la aparición de la lengua (Saussure 1973: 191).

Pero la materia fónica, previamente a su contacto con la lengua, no es menos amorfa que el «reino flotante» del pensamiento:

La sustancia fónica no es más fija ni más rígida; no es más que un molde a cuya forma el pensamiento debe acomodarse necesariamente, sino una materia plástica que

se divide a su vez en partes distintas para suministrar los significantes que el pensamiento necesita (Saussure 1973: 171).

Consideradas en su conjunto, las ideas de Saussure no remiten sino a la *función organizativa* de la lengua y a su *modo de hacerse*, al «constituirse entre dos masas amorfas». En efecto, funcionando como técnica de enlace entre sustancias distintas, la lengua alcanza su finalidad en la creación de signos, donde los elementos de dos órdenes se combinan: «esta combinación produce una forma y no una sustancia» (Saussure 1973: 193). Valorada desde su posición en el *Curso*, la citada afirmación no es errónea, porque no postula creación alguna de formas vacías, esto es, de formas *sin* sustancia. La combinación que genera *una forma* es, de hecho, relación entre elementos sustanciales, fónicos y conceptuales, respectivamente. Por otra parte, siendo combinación de elementos y no de dos masas amorfas («nebulosa» + «materia plástica»), ello significa que en la elaboración de signos participan ya sustancias organizadas, lo cual implica que no son sustancias incognoscibles, de límites borrosos y no reconocibles, sino sustancias ya *conocidas* y, por consiguiente, deslindadas, sea como sonidos o como conceptos, estructurados en significado, léxico o gramatical. De este modo se puede captar la íntima verdad que encierra la afirmación de Saussure: «nada es distinto antes de la aparición de la lengua»; pues todo elemento lingüístico se conoce, precisamente, porque tiene forma, o bien, «la sustancia no se conoce sino como sustancia formada» (Coseriu 1973: 171), es decir, sustancia dotada de socialidad e historicidad.

Por otra parte, la concepción de Saussure tampoco es un error de esencia, puesto que la lengua como *actividad* y *saber* no se identifica con todo el hablar, pues no comprende toda la sustancia, sino solo la parte de ella que se da por conocida. La lengua formaliza el hablar, transformando lo incognoscible en *algo* conocido, que es darle forma, esto es, organizarlo de modo que sea posible su transmisión de hablante a oyente. En ese proceso dinámico la sustancia se ve revestida de *socialidad e historicidad*, dimensiones universales de toda lengua, considerada como saber idiomático del hablante acerca del mundo extralingüístico y de sí mismo. La socialidad es la marca funcional de la distinción *racional / no racional*, es decir, *humano / no humano*, mientras que la historicidad establece la diferencia entre las lenguas concretas. Ambas dimensiones, aunque distintas por su índole, en su conjunto justifican, plenamente, lo afirmado por Coseriu (1978: 202): «las lenguas no son diferentes en el mismo sentido en que son análogas». En efecto, la socialidad apunta a la identidad, en tanto que la historicidad instala las diferencias interidiomáticas.

Atendiendo a la dimensión histórica, la organización de una misma sustancia puede resultar diferente de lengua a lengua. Así, por ejemplo, en la mayoría de las lenguas, por no decir en todas, el fonema /a/, como forma de sustancia fónica, es *bajo*, acústicamente *compacto*, por excelencia (Alarcos Llorach 1974: 146). Pero, en español, es, además, un fonema *central*, esto es, *neutro* (*no agudo* y *no grave*), mientras que en búlgaro resulta *posterior*, es decir, *grave* y *no labializado* (*no bemolizado*). Otro ejemplo nos viene del nivel morfosintáctico: en nuestras dos lenguas y en ruso, la forma del presente de indicativo se opone al pasado y al futuro con su atributo semántico de *simultaneidad*, pero en español y en búlgaro funciona, además, como *pre-*

sente actual, opuesto al *presente inactual*, llamado tradicionalmente *imperfecto* (Kutsarov 2006: 253-62), mientras que en ruso actúa solo con el valor de *presente*, sin más, debido a la inexistencia de la categoría *taxis* (Jakobson 1975), *plano* (Coseriu 1976) o *actualidad* (Lamíquiz 1985).

Ahora bien, ambas dimensiones de la lengua se vuelven punto de partida obligado para excluir del objeto de la Lingüística, con motivos bien concretos y no menos obvios, la pretendida simetría, postulada por la Glosemática, entre forma y sustancia en las dos facetas del signo lingüístico. He aquí dos de las razones por las que dicha simetría no tiene cabida en la estructura de la lengua y, por tanto, tampoco en la ciencia del lenguaje.

En primer lugar, toda lengua está doblemente anclada: por el lado de la expresión, en la naturaleza, y por el lado del contenido, en el pensamiento propiamente humano. Por consiguiente, nos encontramos ante esencias totalmente distintas que corresponden a sustancias diferentes, entre las que no cabe paralelismo alguno. La materia acústica pertenece al mundo objetivo y exterior al sujeto hablante, mientras que el concepto, estructurado semánticamente en el significado, es el conocimiento de ese mismo sujeto acerca del mundo y de sí mismo, incluido el saber de su propio modo de hablar. Ambas sustancias coinciden solo en sus dimensiones de socialidad e historicidad, que organizan una y otra materia en elementos de unidades discretas, lo cual, sin embargo, no atenúa las diferencias de esencia, pues, como se verá seguidamente, aquí interviene otro factor que merece párrafo aparte.

En segundo lugar, la sustancia acústica y la conceptual se hallan en relación distinta con respecto a la formalización del hablar concreto. En el plano del contenido se organiza toda la sustancia conceptual, aunque tal organización no es necesario que llegue a desembocar en estructuras de categorías. Ciertas lenguas pueden no tener gramemas de número dual, de género neutro, de *taxis* o de evidencia, pero ello no implica que tales significados se hayan perdido o que jamás hayan existido. Ellos existen como en las lenguas donde funcionan como elementos de sus categorías, solo que en su caso están organizados en rasgos complementarios de formas más generales o se expresan discursivamente, como la *taxis*, en ruso; el subjuntivo, en búlgaro; la evidencia, en varias lenguas, con la excepción del búlgaro, donde se instala como categoría, funcionando por la oposición *no renarrado / renarrado*. A esta *distribución* de la sustancia, en el plano del contenido, corresponde la *selección* de la materia acústica, en el plano de la expresión. En las distintas lenguas, parte de la materia acústica no comparece organizada ni en forma de fonemas ni en forma de alófonos para la realización de otros fonemas, porque, simplemente, los hablantes de tales lenguas no la reconocen como materia lingüísticamente organizada. Ellos se valen en su hablar de lo que históricamente se ha seleccionado y organizado conforme a sus necesidades comunicativas y expresivas. Así, por ejemplo, el castellano y el búlgaro no poseen vocales anteriores labializadas ni como fonemas ni como alófonos de otros fonemas, puesto que, para nuestras comunidades, tales sonidos son incognoscibles y, en caso de articularlas, no se reconocen como vocales de nuestras dos lenguas. Desde esa perspectiva se comprende, más a fondo, por un lado, la dificultad que tienen los hispanoha-

blantes a la hora de aprender lenguas eslavas y, por otro, la facilidad con que los estudiantes búlgaros articulan los sonidos españoles, pero no ocurre así con el nivel fónico del francés o del alemán. Por tanto, tampoco hay paralelismo entre la forma de la sustancia conceptual y la forma de la materia acústica.

Volviendo a la afirmación saussureana, puesta ahora en relación con la *distribución* y la *selección* de la sustancia, conceptual y acústica, se pueden resolver varios problemas, tanto teóricos como relativos a la enseñanza. La concepción de Saussure es *obvia*, porque corresponde al plano aristotélico de la experiencia y no al plano platónico de la idea pura, identificada con la forma vacía. En este sentido, la Lingüística de las lenguas concretas no se identifica con la Glosemática: ambas ciencias tienen su razón de ser, pero no son compatibles, puesto que se fundan en concepciones distintas. Por lo que respecta a la lingüística aplicada al aula, nada aporta la pretendida simetría entre forma y sustancia, ya que tal paralelismo no se comprueba en la lengua. Lo que resulta evidente, desde el punto de vista de la *distribución* y la *selección*, es el hecho de que las dificultades en el aprendizaje de lenguas extranjeras son menos acusadas en el plano del contenido que las provenientes del plano de la expresión.

A modo de conclusión, me permito recordar que para 2016, si la ciencia del lenguaje se decide rendir homenaje al precursor de tantas orientaciones y escuelas modernas, aún está a tiempo de releer el *Curso de lingüística general*, pues en él se hallarán, sin duda, otras grandes verdades además de la que acabo de presentar. Una nueva lectura del *Curso* ha de hacerse siguiendo el ejemplo de los discípulos directos y los seguidores incondicionales del maestro (como los grandes de Ginebra, Copenhague, Praga-Viena, Buenos Aires, Montevideo y Madrid, entre otros), respetando el principio de «permanencia y continuidad», que es como se desarrolla la historia de las ideas, sin olvidar que «en la lingüística moderna es difícil no deber nada a Saussure» (Cosieriu 1981: 143).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALARCOS LLORACH, E. (1974): *Fonología española*. Madrid: Gredos, 4ª ed.
- COSERIU, E. (1973): *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid: Gredos, 3ª ed.
- COSERIU, E. (1976): *Das romanische Verbalsystem*. Tübingen: G. Narr.
- COSERIU, E. (1978): *Gramática, semántica, universales*. Madrid: Gredos.
- COSERIU, E. (1981): *Lecciones de lingüística general*. Madrid: Gredos.
- COSERIU, E. (1992): *Competencia lingüística (Elementos de la teoría del hablar)*. Madrid: Gredos.
- JAKOBSON, Roman (1975): *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Seix-Barral.
- KUTSAROV, I. = Куцаров, И.: *Теоретична граматика на българския език. Морфология [Gramática teórica de la lengua búlgara. Morfología]*. Plovdiv: Univ. "Paisii Hilendarski".
- LAMÍQUIZ, V. (1985): *El contenido lingüístico. Del sistema al discurso*. Barcelona: Ariel.
- MOLINER, M. (1982): *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
- SAUSSURE, F. de (1973): *Curso de lingüística general*. La Habana: Instituto del libro cubano.